

Hacia donde va el si es que va a



Máximo

¿Cómo será el humor gráfico en el futuro?

No lo sé.

Introducción al vals

Es el resumen o corolario anticipado de este trabajo y es la respuesta más científica que se me ocurre dada mi documentación experimental sobre fenómenos que aún no han ocurrido. Es también, si consigo llegar al punto final de este escrito, una respuesta estimulante para intentar saberlo. *De entrada*, como dicen los publicitarios del Pesoe, *el futuro no envía heraldos* (los publicitarios del Pesoe sólo dicen *de entrada*; *el futuro no envía heraldos* lo dice Oscar Wilde). De salida, yo no soy heraldo, augur, portaestandarte ni porta-

voz, al menos «a nivel consciente», o no lo intentaría si no me pusiese en tan arriesgado brete esta revista, que me ha puesto y yo he tenido la debilidad mental de dejarme poner. Accesorariamente, el dictamen u horóscopo se me pide con urgencia, lo que dota al encargo de encanto hispánico, me exime (más por razones de tiempo que de espacio) de la reflexión pausada (y quien sabe si profunda) y le evita al lector notas de pie de página y referencias a Delfos: afortunadamente, en España todo hay que hacerlo deprisa, desde la invención de la historia, hasta la crónica del futuro, con lo que si no conseguimos fundar nunca el Hudson Institute, al menos nos reímos mucho y aportamos la guinda improvisadora y «genial» a ese cóctel bibliográfico de las naciones cultas en el que tan caro es encontrar autores de apellido español.

Dice Erich Jantsch (foráneo, naturalmente) que *los días en que la única guía que teníamos para el futuro era las especulaciones privadas de ciertos individuos de reputación universal hace mucho que han pasado*. Lo dice como experto en análisis de pronósticos preparados por apabullantes instituciones, y uno, que no goza de reputación universal, ni aun nacional, experimenta ante tan prudente advertencia, el primer desfallecimiento disuasorio. Hablarle de Nostradamus a Erich Jantsch sería como mentarle al diablo, futurólogo a perpetuidad en el que, por otra parte, tampoco creerá. El famoso (al menos por los años sesenta) Herman Kahn no desdeñaba del todo las «perspicaces visiones» de individuos aislados como Wells, Huxley u Orwell, a las que, con sensitiva condescendencia muy de agradecer, otorgaba un lugar de inspiración extracorpórea en el interdisciplinario mundo de la prognosis científica propiamente dicqa. Robert Junk, por su lado, desconfía incluso de los técnicos en nombre de un futuro menos sometido al lastre de los arúspices, tanto da si arúspices matemáticos: «... hoy por hoy, escribe Junk en una introducción a la problemática, *la exploración del futuro se basa casi exclusivamente en las metodologías en boga elaboradas por las ciencias naturales y económicas; de ahí que las imágenes del porvenir resul-*

Humor Gráfico alguna parte

tantes puedan estar excesivamente influidas por las preocupaciones y las maneras de pensar de nuestra época, y que, por tanto, tiendan a ser proyecciones del presente. Es una acertada crítica literaria de todo ese apolillado fenómeno subcultural conocido por el pretencioso nombre de ciencia-ficción, en el que estereotipadas y un tanto aburridas «proyecciones del presente», y aun del pasado, pretenden introducirnos en ilusorios (y evidentemente inimaginables) «mundos futuros». Da verdadera pena comprobar cómo niqueladas novelas que sitúan su acción en el año cinco mil chapotean en tópicos ideológicos y técnicos contemporáneos del tiburí o el nazismo, por muy «proyectivos» que sean, a escala multiplicadora o reductora, del catálogo de existencias en el supermercado de la esquina. El envejecimiento prematuro de señores como Ray Bradbury frente a la lozanía «proyectiva» de individuos como el Rey Lear debería dejar en suspenso (y con repetición de curso) a los que siguen utilizando computadoras que ya no fabrica IBM en relatos futuristas de la quinta galaxia.

Quizá es que el futuro, yo lo creo así, es *inimaginable*. Quizá es que la creación desde la nada, es actividad que los dioses aún no han delegado en los mortales. Quizá es que sólo podemos «crear», «inventar», desde los materiales dados y que es inútil querer ver el mañana, y mucho más imaginarlo, de espaldas al hoy. Estamos condenados (por designios mágicos o leyes lógicas) a viajar en la correa transmisora de la tradición (de la que ni la revolución escapa) y a conformarnos (pasito a zancada del progreso) con la evolución *natural* de las especies. Los poetas, sabios entre los sabios, así lo han visto desde siempre: *El tiempo presente y el tiempo pasado / Están tal vez presentes en el tiempo futuro*, estampa Eliot en los dos versos iniciales del primer cuarteto. Para Piet Mondrian *el presente lleva consigo el pasado y el futuro*, futurismo seminal en el presente que me parece mucho más sugeridor que todas las sugerencias de los fallidos visionarios de la ciencia ficción, y la prospección más profunda. Por fin, y de vuelta al minúsculo asunto del humor gráfico en el que aún no he entrado,

me curo en salud y me encomiendo a la olivetti con estas aplicables palabras del citado Herman Kahn:

Los riesgos que se ven obligados a asumir las personas que se dedican a preparar pronósticos a largo plazo son muy numerosos, especialmente si tratan de estudiar cuestiones cuya importancia no se haya advertido o sentido aún.

Allegro, ma non troppo

Porque es evidente que la importancia del humor gráfico (si la tiene) *no se ha advertido o sentido aún*. Y ahí radica la dificultad de pronosticar su futuro: en que ni siquiera es fácil un diagnóstico de su presente. Cuál es la situación del humor gráfico hoy en España es premisa de la que habrá que partir para indagar su mañana. Si el presente es sano, cabe esperar crecimiento y desarrollo futuros, salvo imprevisibles accidentes. Si el presente es precario, cabe temer debilitamientos futuros, salvo remedios imprevistos. Porque el humor gráfico, también, claro está, no depende sólo de los humoristas gráficos, aunque de estos dependa especialmente. Depende, además, de condiciones objetivas y subjetivas derivadas del mundo editorial, del vehículo periodístico en el que florece o se agosta, del calor o frialdad críticos con el que sea estimulado o desalentado, de la atención o desinterés públicos, de la historia general en la que tenga que nacer y transcurrir y hasta de modas y veleidades no fácilmente vislumbrables *a priori*.

Cabría preguntarse, en principio, si el momento actual del humor gráfico español es bueno en relación, por ejemplo, al inmediato pasado y a pasados más antiguos. Es cierto que nuestro humor gráfico actual, por referirnos ahora sólo al periodístico, se publica en páginas, digamos *nobles*, del periódico, en páginas llamadas *de opinión*, con lo que el dibujo de humor de actualidad es con frecuencia considerado por algunos como un «editorial». Consi-

deración errónea, a mi parecer, pero que no voy a entrar a discutir aquí porque nos desviaría del sendero principal. Acepto que, aunque equivocadamente, tal calificación de «editorial» se da con intención positiva, y hasta enaltecedora, y lo registro como dato a favor de la «importancia» que la prensa concede actualmente a este tipo de trabajo. Esta ubicación del antiguo «chiste» (palabra ya inadecuada para algunos dibujos de humor) representa un ascenso, como si dijésemos, con respecto a tiempos interiores en el que tales recuadros iban promiscuamente repartidos en la sección «chistes y pasatiempos», pero no estoy seguro de que su colocación actual constituya valoración más estimable a la de otras épocas, que otorgaban a esta «opinión gráfica» los honores de la primera plana.

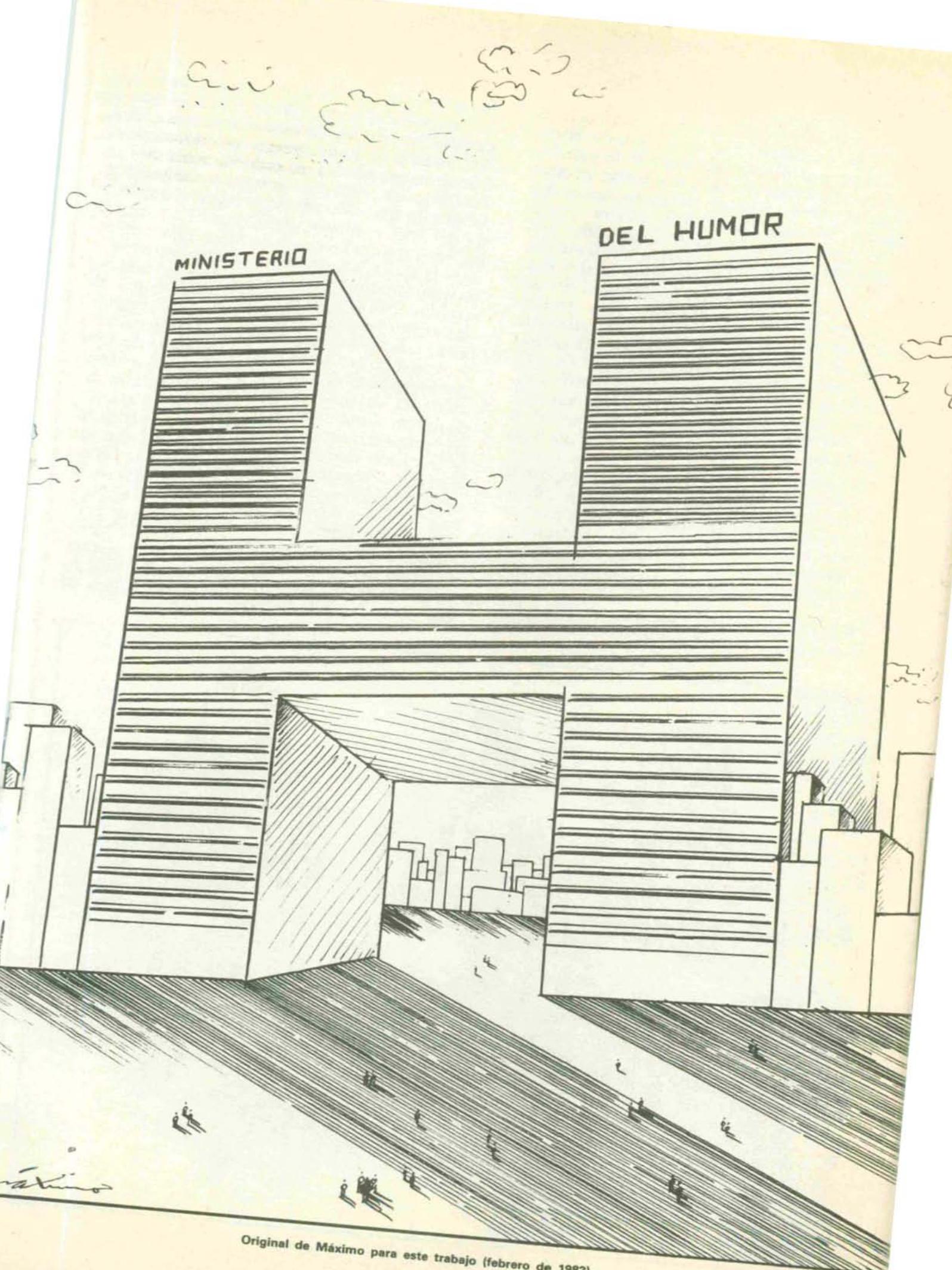
Por otro lado, y si del dibujo de humor periodístico y de actualidad pasamos al dibujo de humor más intemporal publicado también en periódicos o revistas, nos encontraremos con que su frecuencia ha disminuido cuando no desaparecido. En España, los semanarios ya no suelen publicar páginas de humor intemporal, y hasta los mismos semanarios han ido desapareciendo, espero que no sólo a causa de la publicación de aquel humor. Pero es que ya no veo yo, tampoco, que los semanarios franceses, por ejemplo, se dediquen a tales lujos y no sé qué harían hoy los Chaval y los Bosc si ellos mismos, con visión de futuro, no hubiesen muerto a tiempo. Por lo que atañe a las revistas de humor, las españolas han ido muriendo una a una, sin que la esquila haya respetado la calidad suma, representada quizá por «Hermano Lobo», o el atrevimiento más politizado («Por Favor») o el tradicionalismo más asequible («La Codorniz» de Alvaro de Laiglesia). Quedan, ignoro con qué éxito, aunque ridículo en términos absolutos dada la población lectora potencial, «El Jueves» o «El Papus», revistas de las que yo no oigo hablar cuando me corto el pelo, lo cual me hace pensar que su influencia es moderada.

El desértico panorama de las revistas de humor me hace pensar que el humor no está de moda. La ausencia de humor gráfico en las revistas genéricas me hace sospechar que el humor está en baja. Los escasos dibujantes que aún sobrevivimos en los diarios me sugieren la idea de que el humor gráfico, cuantitativamente en esta primera observación, está un tanto estancado. Porque hay otro dato a tener en cuenta: muchos dibujantes de humor, algunos estimables y alguno hasta excepcional, han desaparecido casi de la circulación cotidiana. Y otro dato más, importante de cara al futuro: no surgen nuevos valores, que yo vea. Mingote, Cesc, Chumy Chúmez, Julio Cebrián, yo mismo sin ir más lejos, estamos más cerca del senado que de la joven cámara. Forges y Perich,

que rondan los cuarenta, Martín Morales y Peridis, ligeramente más jóvenes, llevan ya años en esto. Desde la aparición de Ops, ya un tanto lejana si mal no recuerdo, no ha surgido en el firmamento ninguna luminaria. Soy injusto, quizá, con algunos oficianes más tiernos que van por otras vías, adscribibles ya más al universo del «comic», razón ésta que anticipo para explicarme el por qué de la ausencia de nuevos «chistógrafos» (los jóvenes, me parece, se inician ya en el «comic») y dato a tener en cuenta para cuando nos internemos en el pronóstico, allá en los últimos párrafos.

¿Cabría deducir de lo hasta aquí apuntado que el humor gráfico español declina cuesta abajo? (Y no sólo español: «Charlie Hebdo» ha cerrado la tienda, la *generación del 27* del «New Yorker» no ha sido superada). ¿Que los humoristas gráficos son viejos dinosaurios en trance de extinción? Yo no sería tan pesimista, en parte porque en todo vaticinio hay un componente voluntarioso de esperanzas y deseos y en parte porque en nuestro siglo el humor ha alcanzado categoría de arte (Steinberg, Topor, Folon, Searle, por citar algunas cumbres) y ha trascendido autolimitaciones formales y repertorios temáticos para hacerse más libre, más universal y más intenso: es decir, más interesante. Lo que ha perdido en gracia, quizá, lo ha ganado en humor, cosas diversas. Lo que ha perdido en ligereza, lógico, lo ha ganado en profundidad y en peso.

Lo que ocurre es que el humor gráfico atraviesa un momento confuso, debido a la heterogeneidad (incluso promiscua) de formulaciones que coexisten, más que conviven, simultáneamente, sin delimitación de campos y sin clarificación crítica. No sólo el humor, todo el arte de nuestro tiempo es un poco víctima, por lo que al público se refiere, de esta heterogeneidad simultánea. Lo que agrava la confusión en el humor gráfico, además, es que mientras que los distintos estilos en pintura son considerados, sin reticencias, *arte*, el lector y espectador de humor, en el mundo y concretamente en España, cree que hay estilos caricaturales que pueden seguirse llamando humor y otros en los que, sencillamente, el humor no se ve por ninguna parte (no lo ve quien así habla, claro está). Para el espectador adscrito mental y estéticamente al chiste tradicional, a la gracia «de toda la vida» y a la risa «pura y simple», todo dibujo de humor que gráfica o temáticamente se interna en otros territorios, ni tiene gracia ni puede reclamar para sí la etiqueta humorística. Hay una sonrisa del ojo, e incluso una sonrisa del pensamiento/sentimiento (todo el humor nacido de la forma y sus relaciones con la idea, todo el humor intelectual basado en conexiones inalámbricas con lo ideológico, con lo cultural, con lo poético, expresado en formas peculiares, propias de los nuevos fines y, por tan-



MINISTERIO

DEL HUMOR

Original de Máximo para este trabajo (febrero de 1982).

to, diversas a la mera ilustración convencional de chistes verbales), hay unas «nuevas sonrisas», digo, que desdichadamente y de momento, no comprenden del todo ni aceptan grandes masas de público y hasta, lo que es menos disculpable, editores, periodistas, críticos, profesores, intelectuales y otras personalidades presuntamente informadas y presumiblemente cultas. No es que esa comunicación visual y esas sonrisas mentales no se derivasen también del humor gráfico de otras épocas: para nuestra humildad contemporánea hay que recordar que el humor gráfico, en otros tiempos, ha estado en manos de Hogarth, de Daumier... Que en «Simplicissimus» dibujaban Grosz, Otto Dix, soñaba con publicar Paul Klee (ver sus diarios). Ni que en los mejores dibujantes de «chistes simples» de cualquier época no haya habido calidades gráficas humorísticas *per se*. Ni, aclaración innecesaria, que sea imposible ser eficaz, humorísticamente, con un dibujo malo, ya que, dibujar bien, como es lógico, es algo que trasciende la corrección académica y poco tiene que ver con virtuosismos minuciosos o elementalidades (aparentemente) desmañadas.

(Pero) lo que ocurre (además) en este puñetero mundo del humor gráfico y su confusiona-

rio estado de la cuestión es que (también) y con respecto al arte en general, el humor se ha subdividido en dos «iglesias» desde hace años, de distintas y aun divergentes observancias: Mientras que el arte en general, con todas sus heterodoxias, rupturas, locuras y vanguardias, tiene una tradición única: la historia continuada del arte, el humor gráfico, quizá a partir de los años treinta (carezco de tiempo para investigar la fecha) experimenta en su colectivo una escisión o cisma motivado por la aparición del «comic». No sé si lo que voy a decir estará dicho ya por tratadistas especializados y si descubriré, con lo que sigue, el mar Mediterráneo, pero cuando allá por los veinte/treinta, irrumpe incontenible el «comic», se produce en la historia de las imágenes dibujadas un fenómeno curioso, un tanto insólito y desde luego nuevo: por primera vez unos dibujantes no continúan la tradición que fluye por la historia del arte, sino que tratan de imitar, y copian, una historia y unas formas que comienzan: la vista en el cine. Los creadores de Flash Gordon, Tarzán o El Hombre Enmascarado tratan de hacer películas dibujadas, copian los encuadres, la planificación, la iluminación, y la estructura narrativa del cine. Su naturalismo y perspectivas no corresponden al academicismo pictórico, ni



Los humoristas Máximo, Ops y Julio Cebrián.

proceden de ningún renacimiento o neoclasicismo: proceden del cine de la esquina. Se produce en estos, por otra parte, asombrosos artifices, un fenómeno curioso: en plena eclosión de las vanguardias, en contemporaneidad con los experimentos más desintegradores de las formas convencionales (si descartamos el academicismo que supervive en el surrealismo), estos «comiquistas» dibujan las cosas como las ve el ojo (insisto que el ojo de la cámara cinematográfica). El cubismo, por ejemplo, para estos artistas no ha tenido lugar. No es tampoco que el «comic» se inventase entonces (hay tiras e historietas en la Revolución Francesa, hay «fumetti» en grabados humorísticos de la Reforma y la Contrarreforma), pero mientras aquellos precursores dibujaban «comics» sin saberlo y con procedimientos formales idénticos al de los grabadores «serios», la pléyade de creadores del *King Features Syndicate* nada tiene que ver con los pintores de su época y todo se lo debe, o un 90 por 100, a los cineastas de entonces.

Pues bien, estos «comics» *serios* son en seguida caricaturizados y de ahí surge un humor y una caricatura nuevos, como Annibal Carrache nació en el XVI de la caricaturización de Rafael de Urbino o... como las meninas de Picasso «humorizan» a las de Velázquez. Porque el Picasso «humorista», al igual que Steinberg u Ops, proceden en línea continua del bisonte de Altamira, mientras que Wolinsky o Summers, proceden del «comic». No prejuzgo con estas afirmaciones el valor cualitativo o la eficacia humorística de una u otra vía, sólo apunto, porque me parece necesario en este despistado aquí y ahora, llamar la atención sobre estos «sucesos», porque entre nosotros abundan las descalificaciones de un tipo de humor en favor del otro y porque los partidarios de una tendencia tienden, injusta y burdamente, me parece, a creer que sólo es humor lo adscrito a una sola de las dos (legítimas y humorísticas) maneras de hacer humor gráfico. También me he detenido en esta curiosa cuestión porque el futuro del humor gráfico, si ha de existir y desarrollarse felizmente, dependerá en buena parte de que sepamos lo que nos traemos entre manos y de lo que de esas manos puede crecer y multiplicarse para beneficio de todos.

Finale presto

Dicho lo escrito, y en la ingenua seguridad de que el Destino haya tomado buena nota, paso ya (qué remedio) a cumplir el compromiso adquirido por lo que a la adivinación del porvenir respecta. Preveo, con los clásicos, que el futuro madurará el presente y espero, con los románticos, que algo inesperado suceda para general alegría y progreso del mundo.

Pasado el falso «boom» del humor de hace unos años (basado en motivos histórico-políticos más que en razones estético-culturales); pasada esta grisácea transición (más estática que dinámica), hay que suponer que la libertad recobrada, la información acrecida, la cultura incrementada, la crítica ejercida, la inteligencia liberada y la vida vivida, posibiliten, en creadores más exigentes e imaginativos, en editores más inteligentes e informados y en públicos más permeables y sensitivos, la continuación, extensión y proliferación de más y mejor humor gráfico. (También de humor escrito, complemento imprescindible del que los periódicos absurdamente han prescindido, para empobrecimiento del contribuyente.

Como yo estoy convencido que el pelo de la dehesa nos abandonará un día y que pronto comprenderemos que el humor no es sólo una forma cruel e irresponsable de «meterse» con quien nos cae gordo o de troncharse de risa ante la ridiculez de los contrarios, yo espero que además de tan sanas expansiones del ánimo, florecerán por doquier humoristas y humores que expresarán la realidad con ironía, sin auto-suficiencias cómicas, inquisitoriales intenciones ni didactismos cívicos. Que el humor será estimado en lo que de singular vía de conocimiento tiene para «saber» lo que de otro modo resulta sospechosamente consabido y entonces se acudirá a esta herramienta (como a la pluma de los poetas se acude, desde otro ángulo), para completar una más diversa y rica, humanizada y libre (y hasta divertida y lúcida) visión del mundo.

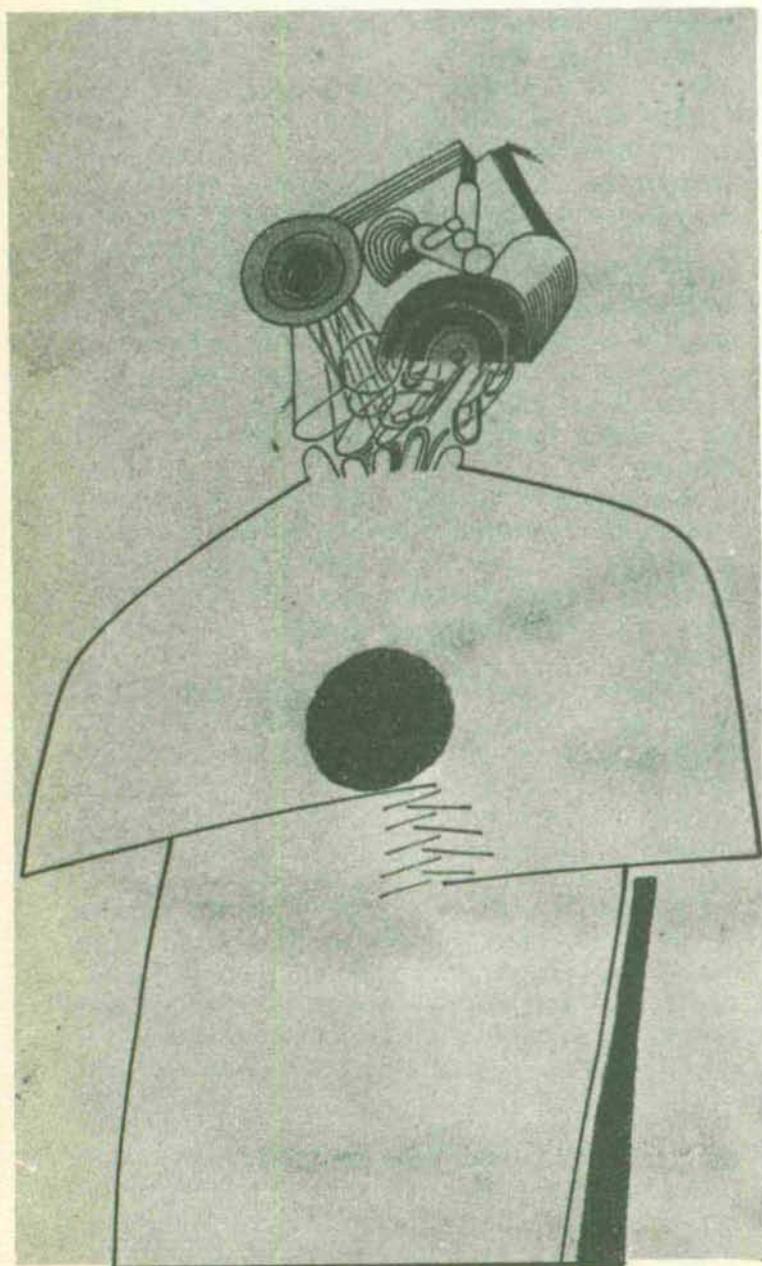
Si el mundo, y nuestro territorio en él evolucionan mentalmente hasta ese estado evolutivo en el que el humor es un indeclinable atributo común y general patrimonio, entonces el humor va a conocer días espléndidos para bien de todos.

Yo espero que la cultura, o al menos la información, de las formas, llegue a un sin fin de gentes, minorías hoy no tan selectas incluidas, para que el humor de sal gorda y de sal fina, el humor de trazo grueso y línea pulida puedan convivir y prosperar con beneficio para todos y sin ruina de nadie.

El «comic» retornará a las fuentes olímpicas (ya está retornando y abrevando) y dará aún días de gloria, para declinar allá por los noventa, tras el demoledor «boom» industrial (con ordeño exhaustivo de las urbes consumistas) a que los editores van a someter el fenómeno en los próximos diez años, según los comisionistas del ramo. No digo que el «comic» vaya a desaparecer, tras su declinación «postboom», sino que seguirá, sin fanatismos, desprecios, ni sobrestimaciones, su desarrollo natural de estimable lenguaje (y estructura) para contar historias. El «comic», claramente presente en las vanguardias y transvanguardias pictóricas de

última moda, retornará así, por una adopción casi póstuma de los exquisitos más avisados, a las galerías y a los museos, en los que fundirá ya (al modo de la mezclas musicales radiofónicas) con la pomposa tradición inevitable.

Todo el humor gráfico, no solo procedente del «comic», se encaminará también, cada vez más, hacia los cuadros y los libros, hacia la libertad sin ataduras noticiosas y la calidad sin limitaciones periodísticas. Esto se deberá, en parte (al menos en las sociedades desarrolladas), al aburrimiento, cada vez mayor, que va a producir la política (derogada la Revolución por su incomodidad objetiva y homogeneizados los políticos por el rasero reformista) y al agotamiento que el anecdotario político-administrativo (cada día más repetido y plano) va a causar, está causando ya, en humoristas y lectores.



«Retrato de Pontifica». (Dibujo de Máximo, actualmente en la Galería Conca de Canarias) (1972.)

Claro está que los periódicos tienen la servidumbre de la inmediatez más próxima y que los dibujos de humor de «actualidad» estricta no van a desaparecer, probablemente. Pero la nominalidad protagónica de políticos cada vez más mediocres e irrelevantes podría dejar paso a un humorismo gráfico más centrado en los problemas que en las personas, en los conflictos que en sus portavoces, en las ideas que en las figuras que, tan desfiguradamente, pretenden representarlas. Esta es la vía que se detecta y ve, por lo demás, en el gran humor gráfico de estos últimos años: dibujos que abordan los problemas de las grandes urbes y no a sus alcaldes, dibujos en los que el poder o poderes pierden coyunturales figurones y expresan mundos más vastos.

Aunque, claro, todo puede cambiar en gran medida si estalla la tercera gran guerra, o si el tercer mundo avanza sobre el primero, o si la crisis económica nos sume en la misera, o si emerge la Atlántida o el fascismo resucita al tercer día. En esos y otros fabulosos casos, el humor gráfico, en la pequeña medida de sus fuerzas, restablecería el avispero entre sus huestes y reorganizaría, a su desorganizado modo, su resistencia inexpugnable.

Alguna revista de humor tendrá que surgir (y aun varias) de aquí al siglo XXI y entrado el bimilenio. Yo espero que surjan varias, porque el humor es diverso y hasta divergente, como los humoristas que lo hacen y hasta sus públicos respectivos: y de ahí que fracasen una tras otra las revistas de humor heteróclitas, revueltas y sincréticas. Tendrá que haber distintas, y estilísticamente homogéneas, y contrapuestas, revistas de humor. (El hecho de que los humoristas gráficos de este país seamos pocos, ha hecho pensar que somos una cuadrilla que puede ser encuadrada junta. Craso y repetido error. ¿Imagina alguien que podría haber un periódico que fuese en unas páginas como «El País», en otras como «Diario 16» y en otras como «ABC»? Bueno, pues así se han hecho hasta ahora entre nosotros las revistas de humor, con el éxito conocido. En el futuro los editores se decidirán por la orquesta filarmónica, la banda de «El Empastre» o el conjunto «pop», que con todas estas músicas (aunque por separado) se puede pasar bien.

Yo estoy convencido de que los dibujos de humor que hoy algunos no entienden serán totalmente entendidos por el común de las gentes a poco que quienes hoy los hacen sigan pacientemente haciéndolos. No porque nadie los explique (que de nada sirven las explicaciones a quienes les han menester y a quien no las necesita, huelga dárselas), sino porque de la costumbre sana de mirar se desprenderá la cabal comprensión de lo mirado, en cuanto el contemplador se desprenda de inadecuados binó-

culos o acierte a sintonizar la música emitida en la longitud de onda exacta.

Surgirá otro humo (¡ah! y ¡oh!) que tampoco se entenderá o entenderemos (algunos), así al pronto. Ese es el único humor que no puedo prever ahora mismo porque todo lo ignoro sobre él y ése es el que espero con ilusión más expectante, porque sólo ése merecería la profecía y las dotes oráculas de quien esto escribe y aventura.

Pero mis dotes son escasas para adivinar lo que no he visto ni sé si veré, como advertí al comienzo. Creo que los que dibujamos ahora, seguiremos dibujando (hasta que la muerte nos retire), con lo que varias vías hacia el humorismo tendrán su desarrollo garantizado, si Dios quiere. Creo que, con los valores en presencia y otros que surjan, va a haber humor gráfico de todos los colores y sabores (creo que la Galaxia

Gutenberg, dicho sea de paso, va a conmemorar aún varios centenares de Marshall McLuhan si la posteridad le dura tanto). Creo que los periódicos darán a veces dibujos de humor de gran formato (como hoy publican artículos de ocho folios), cuantificación de insospechados efectos cualitativos para el humor gráfico y el periodismo impreso. Creo que el humor gráfico llegará a la «Revista de Occidente» que se haga por entonces y que su coherencia será total con el resto del sumario. Creo que habrá humor para adultos y para menores, para conservadores y para protagonistas, para «esaboreos» y salerosos y para tontos y para listos.

Creo en estas y otras maravillas, que lo mismo podrán crecer y multiplicarse que quedarse en vaticinios y vacíos. Creo, para no engañarles a ustedes ni a mí mismo, que no sé absolutamente nada de lo que vaya a ocurrir a partir de este instante. ■ M.



El autor de este trabajo en su estudio.